

Jacobó Merey pierde la pista.

Al salir de Argenton tomó el carruaje el camino de San Amand, llevando el mismo postillon que habia conducido á Jacobo Merey.

En el primer relevo en la Châtre pudo Jacobo adquirir nuevas noticias, y de postillon en postillon fueron siendo más seguras.

Al llegar á San Amand empezaron á ser más confusas, siendo preciso consultar los libros, muy exactos en aquella época á causa de las leyes contra los emigrados.

En Autun perdió las huellas. Sin duda habian pernoctado durante la noche, y el encargado no se habia querido molestar en levantarse para apuntar los nombres.

En Dijon volvieron á encontrarlas, y desde allí hasta Strasburgo las noticias fueron más ó ménos seguras.

La incertidumbre creció en Strasburgo. Las tres viajeras habian parado en la fonda del Corbeau. El nombre de la señorita de Charelet estaba apuntado en el libro, y el dueño de la fonda habia hecho visar el pasaporte.

El comité habia enviado uno de sus miembros, acompañado por un médico, para asegurarse que una de las dos señoras estaba enferma y que necesitaba tomar las aguas.

Efectivamente; el médico certificó, al ver tan palida y delicada á la más jóven, que le precisaban los baños, y las dejaron continuar su viaje.

Las señoritas de Charelet habian pasado el Rhin por Kell, y se habian detenido en Baden, en la fonda de las Ruinas.

Allí la canonesa habia dicho que estaria un mes, ínterin tomaba

las aguas su sobrina, y el precio diario fué arreglado con el dueño de la fonda.

Pero al leer un periódico habia tenido un terrible ataque de nervios la más anciana de las viajeras, manifestando su deseo de partir al instante para Maguncia.

Pero el médico de los baños declaró que la jóven estaba tan delicada, que no podria soportar el viaje en carruaje.

Entonces mandaron flotar una barca, como acostumbraban entonces los viajeros, y emprendieron el camino por el Rhin.

No habia duda. Jacobo Merey comprendió que habian estado en Bade-Baden, y que la canonesa habria leído en un periódico la ejecucion de su hermano.

Esta fué la causa de su ataque de nervios y de su determinacion de marchar á Maguncia.

Pero Jacobo sabia que la señorita de Charelet no adquiriria sino noticias vagas, como le hubiera sucedido á él sin la orden del ministro.

Las viajeras tendrian que ir á Francfort, y allí no les enseñarian el legajo, sino todo lo más les darian copia del interrogatorio y de la ejecucion para que sirviera como fé de defuncion.

¿Custine continuaria en Francfort? En aquella época era difícil asegurar en dónde estarian los generales.

Preguntaria al pasar por Maguncia.

La casualidad ayudó á Jacobo Merey. El general Custine habia fijado en Maguncia su cuartel general desde el dia anterior, y habia dejado en Francfort una guarnicion, pues todavía la poblacion en aquella época estaba fortificada.

Por consiguiente, el doctor ganaba un dia, pues recordarán nuestros lectores que su licencia era solo por quince dias.

El dia 2 de Noviembre llegó á Maguncia.

Se presentó al general para estrecharle la mano, encontrándole muy triste; se trataba de formar causa á Luis XVI.

La Convencion le juzgaria, y juzgado por ella, era seguro que le condenaria á muerte.

El general Custine pertenecia á la raza antigua; ¿cómo, pues, po-

dria continuar sirviendo á un gobierno que guillotina á su rey?

Todo aquello no fué dicho, sino adivinado por Jacobo Merey, despues de lo cual preguntó si podria ver á su amigo Cárlos Andrés.

El general llamó.

—Ved si está en las oficinas el ciudadano Cárlos Andrés, dijo; y volviéndose al doctor, añadió:

—No olvideis pedirle una carta que llegó para vos al dia siguiente ó á los dos dias de vuestra salida de esta. Cárlos Andrés, no sabiendo á dónde dirigirla, la habrá guardado.

Se separaron amistosamente pero sin sentimiento; aquellas dos naturalezas eran opuestas, y no marchaban de acuerdo una con la otra.

¡Qué diferencia con Cárlos Andrés! Los dos jóvenes con una mirada se habian comprendido, y al volverse á ver se tendieron los brazos.

Jacobo le explicó en dos palabras el motivo de su regreso.

—Las he visto, contestó el jóven oficial; se dirigieron á mí.

—¿Estaba Eva muy delicada? preguntó el doctor.

—Bastante; pero muy hermosa.

Jacobo vaciló un momento; sentia la timidez del primer amor.

—¿La habeis hablado?

—He tenido la dicha de estar solo con ella; parecia muda ó demasiado débil para hablar. Me acerqué á ella y la dije:

—Señorita, le he visto.

—¿Que habeis visto á Jacobo Merey? exclamó.

Habia adivinado que la hablaba de vos.

—He visto á Jacobo Merey; he visto al hombre que os ama más que á su vida.

Lanzó un grito, y me echó los brazos al cuello.

—Sois mi amigo para siempre, me dijo. ¡Oh! ¡Tambien yo le amo, le amo, le amo!

Y cerró los ojos como si la vida la abandonase.

—De un momento á otro puede volver vuestra tia; escuchadme.

—Sí; hablad, hablad.

—Una carta que vos le habeis escrito estaba entre los papeles de vuestro padre.

—¿Cómo?

—Lo ignoro; pero al recorrerlos reconoció vuestra letra, quiso copiarla y yo le entregué el original.

—¿Habeis hecho eso? gritó loca de alegría.

—Sí; ¿hice mal?

—¿Cómo os llamis, caballero?

—Cárlos Andrés.

—Vuestro nombre queda grabado aquí; repuso poniendo la mano sobre el corazon.

—¡Ah! señorita, la dije; es demasiada gratitud.

—No sabeis todo lo que le debo á ese hombre, á ese génio, á ese ángel del cielo. Yo era una infeliz criatura, abandonada, inútil y sin conocer á los siete años á nadie, más que á mi perro Escipion: era mi único amigo. No hablaba, no veia, no pensaba: me dotó con la palabra, con la vista, y durante siete años cuidó el fisico y el moral, desarrollando mi pensamiento, infatigable como el escultor florentino, inclinado sobre las puertas del baptisterio de Nuestra Señora de las Flores. Ha cincelado mi cuerpo, mi corazon y mi inteligencia; todo lo que sé se lo debo á él. Le pertenezco por completo. Direis que me es casi indiferente la muerte de mi padre, pero es porque debí á su reconocimiento la separacion de Jacobo. Jamás habia llorado, no sabia lo que eran las lágrimas; apareció mi padre, y creí morir de dolor.

En aquel momento volvió su tia.

—Si algun dia le volveis á ver, decidle que le amo.

La hermana del señor de Charelet oyó estas palabras.

—¿A quién amais tanto? preguntó.

—A Jacobo Merey, señora; contestó la jóven.

—¿Estais loca? repuso la canonesa.

—Tal vez lo estaré algun dia; ¿pero quién tendrá la culpa? Ya lo sabeis.

—De todos modos, podeis despediros de él para siempre, porque jamás volveremos á Francia. Vamos, venid.

La señorita de Charelet salió con su tia, y no las he vuelto á ver.

—Gracias, amigo mio, gracias, exclamó Jacobo Merey loco de júbilo; sé todo lo que podia desear. Sin duda han ido á Viena ó á Berlin: emigran.

Un suspiro se escapó de su pecho.

—No puedo seguir las al extranjero. El general me ha dicho que teneis una carta para mí.

—¡Ah! verdad es; dijo Cárlos Andrés.

Y le entregó un pliego con el sello de la república y el timbre del ministerio del Interior.

Jacobo Merey lo abrió y lo leyó.

Cuando concluyó la lectura tendió la mano al jóven oficial.

—Andrés, le dijo; parto.

—¿Partís al momento?

—¿Qué fecha tenemos hoy? Desde hace ocho ó diez dias no hago otra cosa que correr en posta, y he olvidado las fechas.

—Hoy es el 2 de Noviembre.

Jacobo movió la cabeza.

—Estaré el 5 al lado de Dumuriez.

—¿Con Dumuriez? preguntó estupefacto Cárlos Andrés.

—La Convencion me agrega á él en la campaña de Bélgica, como me agregó en la campaña de Champaña.

—¿Teneis confianza en ese hombre?

—En su génio, sí; en su moralidad, no. Sean los que quieran sus proyectos, necesito una gloriosa victoria.

—Esperad un segundo Valmy: ¿qué camino tomáis?

—Ya está trazado. Hamburgo, Treves, Mezieres, y allí sabré á dónde se encuentra Dumuriez.

Los dos jóvenes se despidieron, y como ya Jacobo había hecho mudar los caballos ínterin había estado en casa del general, no tuvo que aguardar. Subió al carruaje, y gritó al postillon:

—Carretera de Francia, por Hamburgo y Mezieres.

XVII.

La vispera de Jemmapes.

Hemos dicho que Dumuriez había ido á Paris para someter al gobierno su plan de invasion en Bélgica.

El general había procurado tener en cada partido importante un amigo poderoso.

En el municipio tenia á Santerre.

Danton en la Montaña.

En los girondinos á Gensonné.

El primero á quien hizo maniobrar fué á Santerre, el jefe de los arrabales.

Por medio de Santerre obtuvo se desistiese de la idea del campamento cerca de Paris, y que todas las fuerzas que habían reunido, todos los víveres y municiones servirían para su ejército en Flándes, que carecia de todo. Que á esto añadirían capotes, zapatos y seis millones acuñados en plata para pagar á los soldados hasta su llegada á los Países Bajos, porque despues la guerra sostendria á la guerra.

Dumuriez era extratéjico. Aun cuando fué el primero que dió el ejemplo de ganar victorias formando la tropa en masa, método que despues imitó con tanto éxito Napoleon, era un calculador de primer órden: preparaba una batalla con la misma inteligencia que prepara su jaque á rey y reina un jugador de ajedrez.

Su plan abrazaba toda la frontera, desde el Mediterráneo hasta el Moselle.

Montesquieu permaneceria en los Alpes sin descuidar la conquista de Niza, y conservando la neutralidad suiza.

Biron, al que enviarían refuerzos, vigilaría el Rhin, desde Bale hasta Landau. Doce mil hombres, mandados por Meunier, apoyarían á Custine, que, como un loco, se había adelantado hasta Francfort-sus-mein.

Kellermann abandonaría sus posiciones, pasaría entre Luxemburgo y Treves y haría lo que debía haber hecho Custine, marchar sobre Coblenza.

Con respecto á él, tomaría la ofensiva con ochenta mil hombres, y haciendo la guerra en Bélgica uniría este territorio al territorio francés.

Atacaría por la frontera, sin defensa, en donde, como decía el atrevido aventurero, no podría defenderse sino ganando batallas.

Al salir de París había dicho Dumuriez á la Convencion:

—El 15 estaré en Bruselas; el 30 en Lieja.

Se equivocó, dice Michelet: el 14 entró en Bruselas, y en Lieja el 28.

Todo su ejército se componía de voluntarios, salvo algunas excepciones; pues en alguna fila se encontraban soldados veteranos, lo mismo que en los bosques se ven después de la corta encinas corpulentas que han quedado como muestra.

Un revés fué el primer ensayo, y esto hubiera desanimado al ejército más antiguo, y que hubiera caminado bajo la más estricta disciplina; pero al de Dumuriez le guiaba el entusiasmo, pareciéndole que la mano de la Francia le impulsaba, de modo que no se fijó en aquella desgracia.

En la vanguardia había muchos refugiados belgas. La guerra tenía por objeto devolverles una patria, nada más justo que fueran los primeros que pisaran su suelo.

Cuando llegaron á la frontera no pudieron contenerse; se lanzaron sobre el país natal y atacaron las avanzadas; estas retrocedieron. Los belgas se creyeron vencedores, y persiguiendo á los austriacos, bajaron desde las eminencias á la llanura.

Dumuriez, comprendiendo el error que cometían, envió algunas centenas de húsares al mando de los hermanos Fernig para apoyarlos.

Esa fué su suerte. La caballería imperial les cargó, y hubieran sido envueltos sin la llegada de los húsares y de los dos valientes jóvenes que los mandaban.

Beurnonville y Dumuriez con el anteojo observaban la escaramuza.

Beurnonville quería replegarse y formar la tropa, tan desordenada y dispersa; pero Dumuriez gritó: ¡Adelante!

Beurnonville le miró asombrado.

—Es preciso permanecer á la ofensiva; el día en que á la vista de los imperiales demos un paso hácia atrás, estamos perdidos.

No carecían de fundamento los temores de Beurnonville.

Los imperiales cedían con tanta facilidad, abandonaban sus posiciones con tal cortesía, que desde luego se comprendía deseaban conducirnos á un terreno en donde pudieran maniobrar con libertad.

—Quieren tenernos á merced suya; dijo Beurnonville á Dumuriez.

—Ya lo sé; contestó.

—Han preparado su campo de batalla.

—Me es conocido de antemano; replicó Dumuriez.

—De modo que, según vuestra opinión, desean una gran batalla.

—Sí; ¿no es la vuestra también?

—Sí.

—Pues bien, la obtendrán, y se llamará la batalla de Jemmapes.

Efectivamente, los austriacos consideraban como inexpugnable á Jemmapes. El general Clerfayt, uno de los hombres más notables del ejército imperial, participaba de aquella opinión.

Beaulieu, que más tarde adquirió en Italia tanta celebridad, quería tomar veintiocho ó treinta mil veteranos para caer por sorpresa durante la noche sobre nuestro ejército, compuesto de reclutas, derrotarlos y dispersarlos.

Pero aquellos golpes de mano no entraban en la antigua estrategia austriaca, y el duque de Sajonia Teschen, que era el general

en jefe, prefirió esperar en Jemmapes al ejército francés y batirse defendidos por sus trincheras.

La Europa tenía la vista fija en Francia. Miraba con admiración aquellos ejércitos que salían de la tierra, no solo para defender sus amenazadas fronteras, sino para invadir las fronteras enemigas.

Se esperaba por parte del ejército aliado una gran victoria, pero habían escuchado el cañon de Valmy, siguiendo á los prusianos en su retirada, y habían visto á Custine invadir el Palatinado y arrojarse temerariamente hasta Francfort-sur-mein.

Pero hé aquí que Dumuriez arrollaba delante de sí al ejército imperial, á los granaderos de Federico, los que jamás habían vuelto la espalda al enemigo y que no tenían rival, y que por primera vez, en una retirada de once días, habían enseñado las cartucheras.

Dumuriez deseaba una gran batalla, lo mismo que los prusianos.

Hacia cincuenta años que los franceses eran considerados como los soldados mejores del mundo, pero solo para sorpresas.

Hacia cincuenta años que no habían ganado una sola batalla campal.

Valmy inauguraba una época nueva; pero Valmy, decían, no era más que un cañoneo, una batalla ganada con las armas al hombro.

El 5 por la noche llegó Dumuriez á Valenciennes, pero nada de lo que esperaba había sucedido.

Servan, ministro de la Guerra, agobiado por el trabajo, había caído enfermo y se había ido á reponer en el campo de los Pirineos, dejando en su lugar á Pache, hombre laborioso, inteligente y sencillo como un espartano.

Salió de su casa por la mañana llevando un pedazo de pan en su bolsillo, trabajando días enteros sin salir del ministerio ni aun para comer.

El 2 de Noviembre le escribió Dumuriez, diciéndole necesitaba indispensablemente treinta mil pares de zapatos, veinticinco mil mantas y otros efectos para un campamento de cuarenta mil hombres; y sobre todo, dos millones acuñados para pagar á los soldados, porque en aquel país no se conocía el papel-moneda y cada cual tenía que pagar el gasto que hiciera.

Pache dió las órdenes para que no faltase nada de lo que le hacía falta á Dumuriez; pero entre tanto llegó el día 5, víspera de la batalla, y los soldados no tenían ni zapatos, ni trajes de invierno, ni pan, ni aguardiente.

Su descontento se tradujo por murmullos cuando Dumuriez recorrió las filas á las tres de la tarde.

Pero á las primeras palabras apoyó el general un dedo en la boca para imponer silencio, y dijo señalando hácia la montaña de Jemmapes, en donde acampaba el enemigo:

—Silencio, hijos, el enemigo podría oiros; y para consolarlos llamó á los oficiales á la orden y les leyó la carta del ministro de la Guerra, en la que le anunciaba que pronto recibiría lo que necesitaba.

Los soldados aplaudieron y ofrecieron que esperarían. Desde el sitio en que se encontraban veían el conjunto formidable de las posiciones del enemigo, las cuales debían tomar al día siguiente.

Quando se llega de Francia se ve desde el molino de Boussu un anfiteatro de colinas en el centro del que pasa el camino de Mons, entre Jemmapes y Cuesmes. Este anfiteatro empieza en la población y concluye en la aldea que hemos citado. Jemmapes está á la izquierda, Cuesmes á la derecha: el primero situado en el costado del ribazo y cubriéndole casi, y el segundo al pié de la montaña.

Las dos montañas estaban erizadas de reductos, y el camino que las divide pasa á través de una selva empalizada y cubierta por estacadas de árboles; detrás de las últimas y de los reductos que era preciso desalojar, se encontraba un ejército, diez y nueve mil austriacos, y si bien el de Dumuriez era superior en número, no por esto se aseguraba el triunfo, pues no podía desplegarse y sí solo atacar por columnas.

Por consiguiente, todo dependía de la cabeza de las columnas. ¿Tomarian las casas almenadas? ¿Escalarían las trincheras? ¿Llegarian hasta las baterías para tomar los cañones? ¿Sostendrían ventajosamente aquellos soldados, que no habían visto el fuego, el combate cuerpo á cuerpo, en que vacilaban con frecuencia hasta los ejércitos veteranos?

Dumuriez habia establecido en la aldea de Vasme el cuartel general, defendida al frente por el riachuelo que lleva su nombre, á la derecha por un bosque y á la izquierda por las trincheras del Boussu, formadas por los austriacos, y que habian caido en poder nuestro.

Acababa de sentarse á la mesa y comia con buen apetito una sopa con repollo que le habia hecho la posadera, siguiendo con la vista á un pollo que daba vueltas delante del fuego, cuando oyó el ruido de un carruaje que se detenia delante de la puerta, y pocos momentos despues entró un hombre diciendo:

—¡Un sitio esta noche en la mesa! ¡Un sitio mañana en la batalla!

Era Jacobo Merey, quien, segun habia dicho, llegaba el 5.

Dumuriez lanzó un grito de alegría y le tendió los brazos.

—¡Pardiez! exclamó; nada me faltaba sino vos para estar seguro de la victoria; me traéis la fortuna: os encargareis de presentar en la Convencion las banderas de Jemmapes, como las de Valmy.

Jacobo Merey se sentó á la mesa: todo el Estado mayor comió sopa con repollo, asado y queso, despues de lo cual se envolvieron en sus capotes esperando el alba.

Dumuriez estaba preparado una hora antes de salir el sol, porque no ignoraba la noche que habian pasado sus soldados y que tendrian necesidad de que se les animase.

Efectivamente, el ejército habia pasado toda la noche con las armas al hombro en una llanura húmeda, en donde habia sido imposible encender hogueras.

Beaulieu propuso por segunda vez caer aquella noche sobre los franceses, y abatidos y mojados como estaban, destruirlos.

El general en jefe rehusó.

Para un ejército acostumbrado y envejecido en los campos de batalla, al aire libre y bajo la celeste bóveda, hubiera sido una noche terrible.

Cuando vió Dumuriez aquellos pantanos y entre la niebla moverse las tropas sobre un suelo que se hundia bajo sus piés, se aterró pensando en el estado de aniquilamiento en que estarían.

Su asombro no tuvo límites cuando escuchó risas y cantares.

Levantó los ojos al cielo: Jacobo Merey le puso la mano sobre el hombro.

—La fuerza de la conciencia y la seguridad del derecho han hecho el milagro, le dijo; y cuando pasaron por entre los soldados, vieron que tiritaban cantando y que el frio de la mañana hacia castañetear los dientes de los más vigorosos, y lo que les impresionaba aun más, era ver escalonados en la montaña á los húsares imperiales envueltos en buenos ropones forrados con pieles, á los granaderos húngaros lo mismo y á los dragones austriacos en sus blancos capotes.

—Todo eso es vuestro, dijo Dumuriez; solo falta tomarlo.

—¡Ah! contestó un voluntario hijo de Paris, no seria difícil si se hubiera almorzado.

—Bueno, repuso Dumuriez; almorzareis despues de la batalla; tendreis mejor apetito: ínterin os darán á cada uno un poco de aguardiente.

—¡Vaya por el aguardiente! contestaron los voluntarios.

Bienaventurados tiempos en que los ejércitos estaban animados por el entusiasmo, acorazados por el fanatismo y vestidos por la fé.

Jamás olvidará la historia que en el primer año de la república fueron los soldados franceses á conquistar el universo con los piés desnudos.